

Jesús Mosterín

El pensamiento arcaico

Historia del pensamiento



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2006
Segunda edición: 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Figurilla antropomorfa con ojos y boca procedente de Shaar Hagolan. Museo de Israel (IDAM), Jerusalén, Israel.
© Álbum
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Jesús Mosterín de las Heras, 2006
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-124-5
Depósito legal: M. 21.369-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prólogo
15	1. El género humano en el Pleistoceno
15	Antes del Pleistoceno
18	El Pleistoceno inferior
23	Los neandertales
25	El Pleistoceno superior
29	Maneras de pensar
32	Herramientas y culturas
35	Sociabilidad y comunicación
41	Orígenes del pensamiento conceptual
46	2. El Paleolítico superior
46	Los modos de vida
50	Las habilidades
54	Los saberes
57	La religión
60	Muerte y enterramiento
61	Arte paleolítico
64	3. La revolución del Neolítico
64	La invención de la agricultura
69	El Neolítico precerámico
72	Cerámica y metalurgia

76	El Neolítico cerámico en Anatolia
79	Las habilidades y saberes del Neolítico
82	La religión en el Neolítico
87	4. Mesopotamia
87	El Neolítico en Mesopotamia
92	La revolución urbana
96	La estructura social de las ciudades
99	La escritura
104	5. El pensamiento mesopotámico
104	Los dioses como fuerzas de la naturaleza
113	Los dioses como proyección del sistema político
122	El poema de Atrahasis
129	<i>Enuma Elish</i>
139	El poema de Gilgamesh
152	La medicina y la enfermedad
162	La adivinación en Mesopotamia
170	La astronomía
183	6. Egipto
183	Hechura del Nilo
187	El Neolítico en Egipto
190	El Egipto faraónico
194	La escritura y la administración
204	La religión egipcia
211	Las almas del egipcio
215	Muerte e inmortalidad
223	7. Los indoeuropeos
223	Descubrimiento del indoeuropeo
225	La lengua indoeuropea
227	Los indoeuropeos

Índice

230	Sociedad y religión indoeuropeas
233	8. Culturas del Egeo
233	El Neolítico en el Egeo
234	La cultura protourbana de Creta
238	La cultura micénica
244	9. La India arcaica
244	El Neolítico en la India
246	La cultura protourbana del Indo
250	Los indoarios
253	10. Los mayas
253	El poblamiento de América
257	El Neolítico mesoamericano
263	Las culturas protourbanas de Mesoamérica
267	Las ciudades mayas
273	Las lenguas mayances
275	La escritura maya
281	Los dioses de los mayas
287	El <i>Popol Wuj</i>
295	Notas
299	Bibliografía
307	Índice analítico

Prólogo

Antes de que surgiese el pensamiento filosófico, hace unos veinticinco siglos, los humanos (es decir, los seres humanos) llevaban ya mucho tiempo pensando y tratando de orientarse en el mundo que los rodeaba. El pensamiento se manifiesta en el lenguaje, pero las palabras se las lleva el viento. Solo tras la introducción de la escritura, hace unos cinco mil años, las ideas dejan huellas visibles que en algunos casos resisten el paso del tiempo y llegan hasta nosotros, abriéndonos ventanas al estudio del pensamiento arcaico. A su vez, el pensamiento arcaico no es sino la elaboración y la culminación de ideas e impulsos cuyos orígenes se remontan a las épocas brumosas de la prehistoria, en que nuestros antepasados afilaban sus recursos intelectuales en su ardua lucha por la supervivencia.

Este libro es una introducción al pensamiento arcaico. Los capítulos 1, 2 y 3 rastrean las raíces de ese pensa-

miento en la prehistoria, antes de que surgieran las civilizaciones protourbanas y los primeros sistemas de escritura. El resto de los capítulos exponen el desarrollo del pensamiento arcaico, cuyo primer y quizá más importante florecimiento tuvo lugar en Oriente Próximo. Los capítulos 4 y 5 (este último, el más largo del libro) están dedicados al estudio del pensamiento de Mesopotamia, del que conservamos los más antiguos y abundantes testimonios escritos. El capítulo 6 trata de la gran cultura egipcia. El 7, de los indoeuropeos. El 8, de las culturas arcaicas del Egeo, hasta la irrupción de los indoeuropeos. El 9, de la India arcaica anterior a la llegada de los indoeuropeos. Las culturas arcaicas del Egeo y de la India (junto a la de China, que expondré en otro libro) constituyen el horizonte ancestral del posterior desarrollo de la filosofía en esas tres partes del mundo. El capítulo 10, finalmente, da breve noticia de las civilizaciones arcaicas de Mesoamérica, surgidas y desarrolladas con independencia de las del viejo mundo, y en especial de la de los mayas.

El pensamiento arcaico no es todavía filosófico ni científico, aunque posee ya una visión del mundo, una historia del origen de las cosas, una justificación del incipiente poder político, una moral y reflexiones sobre los enigmas de la vida y de la muerte. Los pensadores arcaicos carecían del sentido de la consistencia lógica, de la crítica racional y de la contrastación empírica, pero desarrollaron técnicas cognitivas cruciales, como la escritura, la aritmética y el calendario. Los babilonios ya aplicaban el teorema de Pitágoras siglos antes de que Pitágoras naciera, aunque nunca llegaron a formularlo con la genera-

lidad y la precisión de los griegos. La religión, los mitos, el entorno natural, la estructura política y las prácticas sociales están inextricablemente unidas con las manifestaciones del pensamiento arcaico. Por eso prestamos aquí más atención a la ecología y la sociedad de lo que es habitual en una historia de las ideas.

Los números de los años y siglos anteriores a nuestra era aparecen precedidos por el signo menos. Así, el año –650 es el año 650 antes de Cristo. Para los nombres propios sumerios y acadios he conservado las castellanizaciones tradicionales, cuando están bien establecidas, y en otros casos me he acercado a la transcripción científica. Más complicado es el caso de los nombres egipcios, de los que solo conocemos las consonantes, por lo que nos tenemos que inventar las vocales. Para la transcripción de los nombres mayas sigo las convenciones de la Academia de Lenguas Mayas de Guatemala. Doy las gracias a la mayista Liwy Grazioso por haber revisado el capítulo 10 y por haberlo mejorado con sus sabios consejos.

El texto de esta obra se basa en el de mi previo libro del mismo título, aunque ha sido sometido a numerosos cambios, correcciones, supresiones, añadidos y actualizaciones. En especial, son completamente nuevos los capítulos 6 y 10, correspondientes a Egipto y a Mesoamérica y los mayas, respectivamente. La bibliografía pretende ser escueta y selectiva, dirigiendo al lector a obras de referencia útiles y fiables y a las traducciones disponibles de los textos originales.

Moià, enero de 2006

Jesús Mosterín

1. El género humano en el Pleistoceno

Antes del Pleistoceno

Solo podemos historiar aquellos pensamientos que fueron fijados por escrito y que han llegado hasta nosotros de una forma que permite su lectura e interpretación, por problemática que sea. Pero el pensamiento no empezó con la escritura; hay pensamiento desde mucho antes, desde que hay animales pensantes.

Quizá haya animales pensantes en algún astro distinto de la Tierra, en algún ignoto planeta de cierta estrella lejana de la que no tenemos noticia. Desde luego, ello es perfectamente posible, pero no sabemos si es así y, aunque así fuera, no tenemos ni la más remota idea de en qué pudiera consistir su pensamiento. De lo único que podemos estar seguros es de que ha habido (y sigue habiendo) pensamiento en nuestro planeta, la Tierra.

Nuestro sistema solar, y con él la Tierra, se formó hace unos 4.600 millones de años. Unos ochocientos millones de años más tarde surgió la vida y poco después aparecieron las primeras bacterias y arqueas en los mares primigenios de nuestro planeta, en los que la vida seguiría desarrollándose y evolucionando hasta nuestros días. Desde hace unos 550 millones de años se han ido conservando una cantidad suficiente de fósiles como para permitir a los paleontólogos hacerse una idea relativamente clara de la evolución de los seres vivos. Los geólogos y paleontólogos han dividido esos 550 millones de años, el eón llamado fanerozoico o de la vida revelada (por los fósiles), en tres grandes eras geológicas: el Paleozoico (que abarca desde hace 550 millones hasta hace 250 millones de años), el Mesozoico (que abarca desde hace 250 millones hasta hace 65 millones de años) y el Cenozoico (desde hace 65 millones de años hasta hoy).

El desarrollo del sistema nervioso es la primera precondition del pensamiento. Durante la mayor parte del eón fanerozoico ha habido cordados y en especial craniados, animales provistos de cerebro y sistema nervioso más o menos parecidos al nuestro. A mediados del Paleozoico los peces ripidistianos salieron del agua, convirtieron sus aletas en patas e iniciaron el linaje de los tetrápodos, al que nosotros pertenecemos. Durante el Mesozoico los dinosaurios dominaban la Tierra, pero a su sombra surgieron los primeros mamíferos, unos insignificantes animalillos del tamaño de una rata o un topo, básicamente insectívoros y nocturnos. Al final del Mesozoico los dinosaurios se extinguieron. Era la oportunidad de esos pequeños mamíferos primitivos, que ya desde el inicio del

Cenozoico se convirtieron en los dueños de la tierra firme y se pusieron a evolucionar en muy diversas direcciones. Una de esas líneas evolutivas fue la de los primates.

Los primates se especializaron en la explotación de las copas de los árboles. Su adaptación a la vida arborícola trajo como consecuencia el desarrollo de manos prensiles, con que agarrarse a las ramas, y de una visión binocular estereoscópica, con que apreciar perfectamente las distancias. Más adelante, en los simios, ya diurnos, esta visión se hizo también cromática, lo que permitía, por ejemplo, darse cuenta desde lejos del grado de madurez de una fruta. La progresión hacia delante de los ojos (necesaria para la visión estereoscópica) trajo consigo la reducción del hocico y una cierta atrofia del sentido del olfato. En el viejo mundo (África, Europa y Asia) evolucionaron los simios catarrinos. Una familia de simios catarrinos es la nuestra, la de los homínidos, que incluye, entre los géneros vivos actuales, los orangutanes (*Pongo*), los gorilas (*Gorilla*), los chimpancés y bonobos (*Pan*) y los humanos (*Homo*).

Los geólogos dividen el Cenozoico en una serie de periodos, los últimos de los cuales son el Plioceno (desde hace unos 5,5 millones de años hasta hace unos 2,5 millones de años) y el Pleistoceno (desde hace 2,5 millones de años hasta hoy)¹.

Los cambios climáticos de principios del Plioceno determinaron una mayor aridez en África Oriental y la subsiguiente reducción de los bosques y extensión de la sabana. Los caminos por las copas de los árboles se interrumpían y los grupos quedaban aislados. Diversos tipos de simios abandonaron parcialmente la vida arborícola y pasaron a trasladarse de un lugar a otro andando a

cuatro patas sobre el suelo. Algunos homínidos, sin embargo, abandonaron definitivamente las copas de los árboles y empezaron a andar erguidos por la sabana, apoyándose exclusivamente en sus patas traseras, en sus dos pies. Esta posición erguida tenía evidentes ventajas. Los ojos quedaban por encima de las altas hierbas de la sabana, permitiendo advertir a tiempo el peligro de algún predador que se acercase o la oportunidad de algún alimento alejado o alguna presa fácil. Las manos quedaban libres para agarrar los alimentos y transportarlos a donde se encontraban las crías. Estos simios erguidos, bípedos, eran los primeros homínidos. Los homínidos somos, pues, los homínidos que hace unos cuatro millones de años bajamos de los árboles y adoptamos la postura erguida y la marcha bípeda durante el día. Por la noche volvíamos a los árboles para dormir en la seguridad del nido-cama que construíamos en las ramas, como hacen ahora los papiones, que pasan la mayor parte del tiempo en el suelo, aunque duermen en los árboles. Los homínidos del Plioceno eran bajos de estatura y sus cráneos, de unos 500 cm³, eran de tamaño similar al de los gorilas y chimpancés. Seguramente no eran mucho más inteligentes que ellos. El más antiguo homínido fósil cuyos restos nos han llegado en relativamente buen estado es el *Australopithecus afarensis*, que vivía hace 3,5 millones de años en África Oriental.

El Pleistoceno inferior

La época geológica que abarca los últimos dos millones y medio de años se llama Pleistoceno (que significa «la [época] más reciente»). Durante el Pleistoceno las osci-

laciones en la radiación emitida por el Sol y la cíclica precesión del eje de rotación de nuestro planeta provocaron repetidos y dramáticos cambios del clima terrestre. Predominaban las épocas frías o glaciales, en que gran parte del agua oceánica se concentraba en forma de hielo en los casquetes polares ampliados (que llegaban a cubrir gran parte de Norteamérica y Eurasia) y en los glaciares de las zonas montañosas, y en que, por tanto, descendía considerablemente el nivel de los mares. Estas épocas glaciales estaban interrumpidas por otras interglaciares, más cálidas, en que los hielos se derretían y las aguas marinas volvían a sus niveles normales. En las regiones tropicales la alternancia se daba entre épocas pluviales, de grandes lluvias, y épocas secas. Estos continuos cambios climáticos hacían que frecuentemente variase el paisaje, la vegetación, la fauna y, en resumen, el medio ambiente, obligando así a las poblaciones animales a otras tantas migraciones o a cambios en su modo de vida. En este cambiante entorno del Pleistoceno tuvo lugar la evolución del género humano (*Homo*).

El Pleistoceno se divide en tres etapas: el Pleistoceno inferior (desde hace dos millones y medio hasta hace setecientos mil años), el Pleistoceno medio (desde hace setecientos mil hasta hace ciento veinte mil años) y el Pleistoceno superior (desde hace ciento veinte mil años hasta nuestros días).

En el Pleistoceno inferior los homínidos del género *Australopithecus*, que habían surgido en el Plioceno, siguieron evolucionando y dieron lugar a una nueva especie del mismo género, *Australopithecus africanus*, y al menos a dos nuevos géneros, el de los parántropos (*Pa-*

ranthropos) y el género humano (*Homo*), cuya primera especie descrita es el *Homo habilis*. Todos ellos eran verdaderos homínidos, simios erguidos que andaban exclusivamente sobre sus patas traseras. En cuanto a su alimentación, parece que el *Australopithecus africanus* y el *Homo habilis* eran omnívoros oportunistas, echando mano de cuanto podían, ya fueran raíces, tubérculos, frutos, hojas, huevos, carne de pequeños animales y carroña, mientras los parántropos eran exclusivamente vegetarianos. Pero la diferencia más palmaria está en los cráneos. Mientras los australopitecos y parántropos seguían teniendo cráneos de unos 500 cm³, como el resto de los grandes simios africanos, el cráneo del *Homo habilis* había crecido en más de un 50 por 100, alcanzando los 800 cm³.

Por su capacidad craneal, es de suponer que los *Homo habilis* eran más inteligentes que los demás simios. Esta inteligencia se manifestaba ya en la fabricación de las primeras herramientas líticas. Se trataba de los guijarros golpeados hasta alcanzar un borde cortante por un lado. Empuñados por el otro lado, podían servir para desgarrar la carne de las presas, sacar los tubérculos del suelo, etc. Estos guijarros partidos que acompañan los restos de *Homo habilis* son los que le han dado su nombre: *habilis*, hábil. La correspondiente cultura se llama olduvayense, por la garganta de Olduvai, en que fueron descubiertos tales restos. Nuestras manos, ya liberadas por la marcha bípeda, fueron adquiriendo mayor destreza y acabaron desarrollando la pinza de precisión y la pinza de presión. En la pinza de precisión, la yema del pulgar se opone a la del índice o de algún otro dedo, lo que per-

mite a la mano manipular los objetos con inédita finura. En la pinza de presión, el pulgar apoya la presión ejercida por la palma de la mano y los otros dedos, permitiendo un agarre firme y seguro. Estas manos hábiles son características de los *Homo* y seguramente la necesidad de controlar sus movimientos versátiles y precisos fue uno de los factores que indujeron el aumento del tamaño del cerebro. En efecto, desde que surgió hace algo más de dos millones de años, la evolución del género humano ha ido acompañada de un progresivo aumento de su capacidad craneal.

Durante el Pleistoceno inferior, los australopitecos y parántropos se extinguieron y el *Homo habilis*, en su evolución, dio lugar a nuevas especies del género *Homo*, como *Homo ergaster*, *Homo georgicus*, *Homo erectus* y *Homo antecessor*. El *ergaster* y el *erectus* alcanzaban ya los 1.000 cm³ de capacidad craneal, el doble que los australopitecos y los gorilas.

La primera migración de los *Homo* desde África hacia Eurasia tuvo lugar hace unos dos millones de años, durante el Pleistoceno inferior temprano. En Dmanisi (Georgia) se han hallado varios cráneos bien conservados de *Homo* (bautizado *Homo georgicus*) de una antigüedad de 1,75 millones de años y con una capacidad craneal de entre 600 y 800 cm³. Estos homínidos siguieron su migración y pronto llegaron hasta el norte de China, donde en Majuangou se han encontrado herramientas de piedra, parecidas a las de Dmanisi, de hace 1,65 millones de años. Esta primera oleada acabó dando lugar a especies como *Homo erectus* en Asia y *Homo antecessor* en Europa. Por la misma época los *Homo erectus*

tus habían llegado también a Java. Probablemente hubo una fase de clima cálido durante la que se produjo una rápida emigración de África hacia Asia. En 1871, Charles Darwin publicó *The Descent of Man*, donde expone por primera vez la concepción evolucionista del origen humano. Motivado por las ideas de Darwin, el médico holandés Eugène Dubois fue a Java en busca de fósiles humanos y encontró un cráneo de 850 cm³ y un fémur de lo que luego acabaría llamándose *Homo erectus*². Precisamente en uno de sus habitáculos, en la cueva de Zhoukoudian, cerca de Beijing, algunos autores han creído detectar los más antiguos restos de fuego artificialmente mantenido, aunque no está claro.

Los *Homo ergaster* crearon en África una industria lítica que representa un progreso considerable respecto a la del *habilis*: los guijarros toscamente partidos de la cultura olduvayense adquieren ahora un doble bisel, convirtiéndose en las llamadas hachas de mano o bifaces, instrumentos universales que tanto sirven para cortar como para raspar o serrar. Las bifaces se labraban simétricamente por las dos caras con un martillo de piedra y luego se adelgazaban con un martillo blando de hueso, asta o madera de boj, produciéndose así lascas que se empleaban como raederas y otros instrumentos. Las bifaces tenían unos 20 cm de corte, frente a los solos 5 cm de los guijarros partidos olduvayenses. Este llamado modo 2 de trabajar la piedra, inventado por los *ergaster*, fue llevado a Europa por los *heidelbergensis*. El nombre de cultura achelense con que también se conoce procede del pueblo francés de Saint Acheul, donde se encontraron sus características bifaces.

Los neandertales

A principios del Pleistoceno medio, algunos *Homo* que se habían quedado en África dieron lugar a un nuevo tipo de homínido, cuyo resto fósil más antiguo descubierto hasta ahora es el cráneo de Bodo (Etiopía), de hace unos 600.000 años. Estos nuevos *Homo* protagonizaron, hacia esa misma época, la segunda oleada migratoria desde África hacia Asia Occidental y Europa, donde se multiplicaron y expandieron, dejando restos como la mandíbula de Mauer (Alemania), los de la cueva de Tautavel (Francia), los miles de restos fósiles de la Sima de los Huesos de Atapuerca (España), los cráneos de Swanscombe (Inglaterra) y Petralona (Grecia). Estos *Homo* europeos siguieron evolucionando en completo aislamiento genético de los africanos, adaptándose al frío y creciendo en tamaño cerebral, hasta dar lugar, ya a finales del Pleistoceno medio, a los neandertales (*Homo neanderthalensis*). A los homínidos tempranos de este linaje se los conoce como *Homo heidelbergensis*, así llamados por la mandíbula de Mauer, descubierta cerca de Heidelberg. A los ejemplares posteriores a hace 150.000 años se los conoce como neandertales, por el valle de Neander (en alemán, *Neandertal*), surcado por el río Düssel, cerca de Düsseldorf, en que fue encontrado un esqueleto completo en 1856. En realidad, la frontera entre *heidelbergensis* y neandertales es fluida y convencional, y varios autores proponen reunirlos a todos ellos en la misma especie.

Los neandertales constituían la especie más parecida a la nuestra, aunque eran de constitución compacta, más

anchos y más fornidos que nosotros, quizá parecidos en el cuerpo a los actuales esquimales, adaptados como ellos al frío. Las cejas de los neandertales eran muy salientes, pues sus cráneos presentan una protuberancia ósea supraorbital continua. La frente era huidiza y el cráneo estaba como aplanado por arriba. La cabeza era larga y su cerebro era tan grande o incluso algo mayor que el nuestro, pues tenía unos 1.600 cm³ de capacidad craneal. Los neandertales indudablemente pensaban e incluso es posible que hablasen, aunque no lo sabemos.

La cultura lítica de los neandertales, llamada musteriense por el yacimiento de Le Moustier (Francia) donde fue descubierta, representó un notable progreso sobre la anterior. Corresponde, en la jerga de los arqueólogos, al modo 3 de fabricar instrumentos líticos, que implica una preparación previa del núcleo de pedernal y gran estandarización en la subsiguiente producción de lascas y puntas. Trabajaban la piedra finamente por percusión blanda mediante martillos de hueso, asta o madera y conseguían bifaces e instrumentos más simétricos y eficaces. Los neandertales construían refugios para resguardarse de la intemperie, encendían el fuego y despedleaban los animales que cazaban. Algunos enterraban a sus muertos.

A pesar de todas las semejanzas citadas, los neandertales no son nuestros ancestros. Los humanos actuales no descendemos de ellos, sino de los *Homo* que se quedaron en África, donde fueron evolucionando hasta dar lugar a nuestra especie, que acabaría acorralando a los neandertales hasta su extinción hace unos 30.000 años. De todos modos, los *Homo sapiens* que salieron de África

se cruzaron de vez en cuando con los neandertales que encontraron en su camino. El genoma del neandertal fue secuenciado por Svante Pääbo y su equipo en 2010. Luego se ha comprobado que muchos europeos tienen algún porcentaje de genes de neandertal. Por ejemplo, yo tengo el 3 %.

El Pleistoceno superior

La época geológica denominada Pleistoceno superior abarca desde hace unos 120.000 años hasta nuestros días (o, según otros autores, hasta hace unos 10.000 años, pues prefieren dar el nombre de Holoceno a estos últimos años). La primera parte del Pleistoceno superior fue una época relativamente cálida, durante la cual las temperaturas eran parecidas a las actuales y el nivel del mar era también el mismo que en nuestros días. Hace unos 65.000 años se inició la última edad del hielo, la gran glaciación conocida por los europeos como glaciación de Würm, por los americanos como glaciación de Wisconsin y por los rusos como glaciación de Valdai. Esta glaciación duró hasta hace unos 10.000 años, en que la temperatura volvió a subir, dando lugar a la actual época cálida en que vivimos. Con solo una corta interrupción en el medio, la época entre hace 65.000 y 10.000 años fue fría. Las temperaturas eran unos 10 °C más bajas que las actuales. Gran parte de las aguas estaban congeladas en los casquetes polares ampliados y en los glaciares que descendían de las montañas. Todo Canadá, toda Escandinavia y gran parte de Gran Bretaña y de Rusia estaban